

EL PAPEL DE LA MEMORIA COMUNICATIVA.
FORTALEZA Y DEBILIDADES

Josep Maria Figueres i Artigues
Universitat Autònoma de Barcelona

Antes de nada, agradezco al Consello da Cultura Galega y, muy concretamente, al coordinador y amigo doctor Xosé López García la invitación y hospitalidad para hablar de un tema de enorme interés y por hacerlo compartiendo mesa con las otras culturas del estado en una modélica posición de respeto e igualdad.

Los historiadores de la comunicación trabajamos para el conocimiento del pasado, la memoria comunicativa, nuestro eje de investigación vital y a menudo publicamos balances bibliográficos generales. El más reciente nuestro fue en la revista *Tripodos* (URL) en su número inaugural y por ello en vez de una retahila de títulos, fáciles de consultar al estar, como veremos, en internet, me limito a la petición de fijar nuestra atención en nuestra personal experiencia.

Considero que la dimensión del conocimiento histórico es fundamental no solamente para el simple conocimiento académico, uno de los saberes de la colectividad, sino para el mantenimiento, reforzamiento o recreación de la identidad. Me pide la coordinadora Rosa Aneiros que fije mi intervención en función de mi experiencia y trabajos anteriores, atendiendo el objetivo de compartir experiencias investigadores. Ahí va, pues, obediente soy, la mía, en el sentido solicitado.

Empezando por el principio. Mi primer trabajo en forma de libro fue una monografía sobre *La Renaixença*, un periódico que nació el 1881, hijo de una revista homónima de diez años antes. Era 1981 una simple coincidencia que me obligó a dedicar

varios meses a ver este vetusto periódico de hojas sábana y en los que una sola página podría equivaler a todo el contenido de una revista ligera de texto o de un diario gratuito.

Era el fruto de un dramaturgo, el insigne Angel Guimerà, y un periodista, Pere Aldavert, que todavía espera una gran monografía individual a pesar del excelente trabajo de Carola Duran sobre la editorial del citado nombre. La primera consideración es que no sabemos lo que ha habido por falta de censos, monografías de títulos y repertorios de conjunto. El trabajo hecho en estos veinticinco años es extraordinario, es inmenso. Basta ver los estados de la cuestión que ha publicado *Anàlisi*, de mi Departamento, o las otras facultades, como los Estudios de Periodismo de la UPF, que organiza la sesión anual «Aula de història del periodisme *Diari de Barcelona*», en los que se ofrece periódicamente la recopilación sistemática de las novedades bibliográficas y que, quizás, suplen al cerrado, inexplicablemente, modélico CEDIC –Centre d'Investigació de la Comunicació– que tantas recopilaciones de bibliografía ha publicado, que podemos muy bien obviar este apartado por la rigurosa labor que ha efectuado en sus años de vida.

La primera consideración, pues, es que gracias al simple conocimiento de unos títulos sabemos que ha habido diarios culturales o diarios en catalán, y lo mismo podríamos decir de la prensa obrera, femenina, liberal, espiritista o lo que sea. Sin la existencia de los antecedentes el reto deviene insuperable. Conociendo el pasado el ideal puede tocarse. Conocer que han existido cien diarios en lengua catalana de los quinientos en total no puede ser que sea conocido solamente por especialistas. O saber que ha habido momentos en los que se han publicado más diarios en lengua catalana que en lengua castellana, unos 30 a 20 aproximadamente, el dato está en internet también, en la citada revista *Anàlisi*, el número de 1997, en el trabajo dedicado a la prensa catalana durante la guerra civil. ¿A quién le interesa que no se sepa qué obreros dirigieron y editaron diarios de información general o qué catalanistas culturales hicieron lo mismo? A los primeros quizás les podía motivar un simple boletín de sociedad de socorros mutuos o a los segun-

dos una revista de versos juegofloralescos y trasnochados pero que un periódico proletario hable de la revolución mundial en tiempos de pensamiento único o que se publicaron diarios catalanistas que luchaban por unas Españas diferentes no deja de ser una opción social o política, ideológica alejada de la dimensión del centralismo o del totalitarismo.

Conocer, conocer, es factor esencial. Después de la necesidad de implicarse en el conocimiento de lo que existe hay que cubrir lagunas. ¿Sabemos que aparece un diario en francés, editado por la Generalitat de Catalunya, en París durante el momento álgido del pasado conflicto bélico o que la prensa en lengua francesa en el Principado se acerca al centenar de títulos? Del conocimiento en estos no se desprenden opciones específicas sino simples posibilidades de conocimiento. Los matices que enriquecen las versiones y nos alejan de tantos y tantos tópicos que ultrarepetidos alcanzan entidad propia.

La necesidad de elaborar censos e inventarios no va más allá de ser una preocupación personal, que mis colegas catalanes conocen y soportan estoicamente por la paciencia con la que escuchan mis periódicas peticiones sea en la Sociedad Catalana de Comunicació en su revista *Treballs de Comunicació*, también volcada en internet, y en otras tribunas episódicas. Hay que predicar con el ejemplo y simultáneamente a la reivindicación hemos trabajado en los años ochenta el primer diario en lengua catalana, *Diari Català*, que fue mi tesis doctoral a principios de los noventa y publicó el Institut de Estudis Catalans y en la que sin el archivo disecciona lo que realizó este periódico: de editar a Darwin en catalán a tener más de cien corresponsales por las tierras catalanas y otros, como Texeira Bastos en Lisboa, alcanzando notable éxito bajo la batuta de Valentí Almirall.

Posteriormente me ocupé de *La Veu de Catalunya*, encargo del Archivo Histórico de la ciudad de Barcelona y espero que las casi dos mil páginas puedan aparecer próximamente. Ahora ando metido en los hombres de la publicación republicana *La Humanitat* y en tiempos de guerra, Lluís Capdevila, Lluís Companys y del Comissariat de Propaganda, de los que analizo textos. Del pri-

mero en sus crónicas del frente, del segundo de sus discursos de guerra y del tercero de la actividad frenética que realizó. Alguno de estos trabajos seguramente verá la luz en la colección que dirijo de periodismo «Memoria del segle xx» en Cossetània, editorial local, pero que se distribuye por todo el país, y en la que reunimos desde las crónicas periodísticas de los bombardeos franquistas en la ciudad de Tarragona gracias al director del diario local hasta los artículos del erudito Carles Rahola que motivaron, alguna excusa había que dar para destruir lo diferente a lo rancio español, su ejemplar e insólito fusilamiento por los que deshonraron las virtudes castrenses con la felonía de la mentira pública: «No teman los que no tengan las manos manchadas de sangre». Un archivero gerundense, Lluís Costa, explicó esta historia así como la del diario expropiado, prohibido, *L'Autonomista*, con su maquinaria incautada al servicio de la nueva legalidad con un diario nuevo adecuado a los nuevos tiempos.

La bibliografía es, pues, fundamental. Disponemos de notables monografías de las que incluso de un solo título la labor realizada es monumental. Tenemos artículos que explican la bibliografía de una sola cabecera. Así, del *Brusi* recopilamos más de trescientas referencias en un acopio bibliográfico, mientras que el profesor Jaume Guillamet escribió un espléndido ensayo sobre los libros dedicados al *Brusi*. Pero ni de *La Vanguardia* o de *La Publicitat*, ni de *El Diluvio* o de *Treball* disponemos todavía de monografías que los describan y analicen. Vaso medio lleno o vacío, pero lleno cuando hace treinta años había solamente pequeñas incursiones.

Sin los censos apenas podremos balbucear sobre lo que fue la sociedad de un momento determinado. Gracias al repertorio de prensa carlista, o de la Barcelona en la guerra, o al reciente de prensa del exilio o de la prensa clandestina, o al de la trosquista o de la comunista si nos fijamos en la prensa política, alcanzamos a vislumbrar la relativa importancia que podrían tener en un contexto determinado estas publicaciones. El desconocimiento abre la puerta a la substitución, al tópic, a la manipulación, con lo cual aparece la dimensión de qué verdad establecer. Siempre que

paseo por el centro histórico de Perpinyà, la capital del Rosellón, en el sur de Francia, cerca de la antigua Lonja, contemplo con pesar el macdonals que se instaló con la anuencia de las autoridades galas en su interior ocupando todo el noble espacio gótico.

¿Alguien se imagina cual sería la reacción de las autoridades valencianas de instalar una freiduría en su lonja, o de la barcelonesa de autorizar un puesto de papas fritas en su homónima? Solamente el conocimiento abre la puerta al respeto. Las autoridades francesas desean que se olvide una etapa histórica, la de la Perpinyà catalana, ya se sabe que los ancestros galos eran también en el África subsahariana, y digo el chiste desde la admiración porque cada año peregrino a la biblioteca Mitterant para beber la metodología de Pierre Albert y tantos y tantos maestros. Pero el desconocimiento de la población permite que las autoridades realcen su política de substitución. La memoria del pasado sirve para construir un presente. Y los medios, como los monumentos, los documentos, convencionales o los orales, los egodocumentos... son una parte de esta memoria.

Después del conocimiento de los productos periodísticos es fundamental conocer quienes los produjeron. Por esta razón realicé una biografía del fundador y director del primer periódico catalanista citado en la perspectiva de poder ubicar, contextualizar y describir con fundamentos. Los diccionarios colectivos van viendo la luz y artistas, escritores, obreros, etc. van siendo sacados del olvido, pero todavía no poseemos en Cataluña un censo, un diccionario de los periodistas. Tenemos los catalanes del exilio o del mundo religioso, pero no este sector. No cabe duda que gracias a este conocimiento podríamos ver el pasado desde una dimensión más profunda.

Un apartado que toma especial relevancia es la investigación sobre episodios concretos del pasado: puede ser el encarcelamiento o consejo de guerra de 1902 a Prat de la Riba por la publicación de un artículo peligroso a la integridad del Estado o puede ser la edición del diario de cárcel de 1922-1923 del director propietario de un semanario político, Manuel Carrasco i Formiguera, por insertar dibujos ofensivos a la imagen militar en

momentos de derrotas sucesivas ante simples paisanos como sucedía en el Rif alzado. Uno de los aspectos más sugestivos ha sido la recuperación de la memoria de los periodistas republicanos, fue el encargo del Centre d'Investigació de la Comunicació, de conservar pensamiento, recuerdos y voz de treinta periodistas, así se hizo y doce fueron volcados en un libro editado en la colección bibliográfica del Colegio de Periodistas, serie dedicada a la proyección de la historia del periodismo.

No cabe duda que revistas teóricas como las de las facultades de periodismo –*Tripodos, Anàlisi...*– o de sociedades académicas –*Treballs de Comunicació*– o colegiadas como la desaparecida *Annals del Periodisme Català* o el notable, muy notable empuje, editorial que va recopilando biografías, memorias, monografías, etc. se convierte en una contribución fundamental, pero es necesario configurar un orden de prioridades y nunca en Cataluña ha habido tantos historiadores, tantas facultades, tantos organismos de conservación, pero nunca hemos corrido el peligro de la fragilidad y la desaparición en tiempos de normalidad política y social. Por esta razón publicamos un artículo en la *Revista de Catalunya* sobre *L'Hora de Catalunya*, era un diario clandestino, si, diario, con la colaboración de los aliados en la segunda guerra mundial, pero que aparecía de modo regular. Disponemos de una monografía sobre *The Times* y la segunda guerra mundial, pero no tenemos ninguna colección de más allá de media docena de ejemplares de un diario del que sabemos tuvo más de un año de vida, ¿o fueron dos? ¿No se podría ir a los fondos del Foreign Office y microfilmarnos y ofrecerlos a la colectividad? Y lo mismo para la prensa local o especializada, o la clandestina o del exilio, del que se conservan patrimonios personales, pero la operación rescate que los cineastas han realizado con ejemplar perseverancia se requiere todavía para el papel. Sin hablar del mundo digital de los diarios de internet o de la prensa autoeditada o de los boletines radiofónicos o televisivos que no se conservan más allá, sólo estos últimos, de los seis meses. Al menos el papel lo puede conservar el benemérito autor o impresor o colaborador, ¿pero el soporte invisible donde está?

Hemos avanzado con pasos de gigante, pero todavía andamos descalzos pese a que queremos observar los matices de los cerros de Úbeda de la lejanía y no podemos hacer florecer lo que nuestros enormes pies hollan y marginan. Esperemos que tantos organismos nuevos y tantas asociaciones de protección de memoria contribuyan a mejorar la preservación de la memoria documental, el auténtico tesoro de un pueblo: su memoria escrita.